

Tete Álvarez y Rafael Quintero

SANTIAGO B. OLMO

En efecto reúne en el espacio Cruce en Madrid la obra de Tete Álvarez y Rafael Quintero, más como una confrontación de perspectivas que como una articulación discursiva en torno a una determinada idea.

Ambos artistas no mantienen entre sí confluencias determinantes y que permitan ligar sus trabajos. De hecho, aparte de residir ambos en Córdoba, el vínculo que les une es el uso de la fotografía como herramienta, aunque sus trabajos respectivos sitúen al primero en el ámbito videográfico y al segundo en la pintura. No obstante, como para subrayar las contradicciones y la insuficiencia de los lenguajes puros, en esta presentación de su obra en Madrid ni Tete Álvarez muestra sus instalaciones videográficas, ni Rafael Quintero resalta los aspectos más pictóricos de su producción, aunque a estas alturas la pintura configure un campo mucho más amplio que pigmentos sobre una tela.

La propia dinámica de confrontación para anima a la exposición muestra la manera en la que las actitudes vitales y artísticas

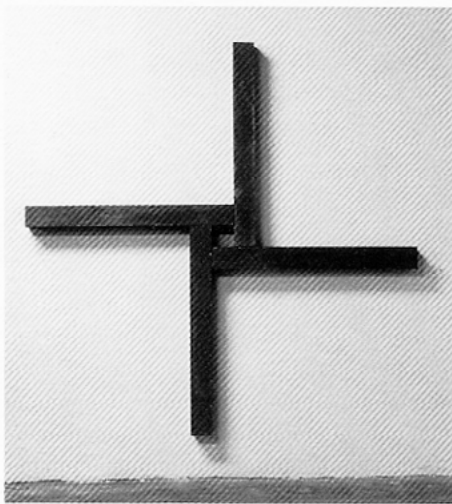
predisponen para encarar los problemas de manera complementaria, y constituyen el motor irrenunciable de todo proyecto artístico.

En ambos artistas aparece prioritaria la necesidad de forzar el lenguaje (los lenguajes) hasta que su lectura permita olvidar las gramáticas y proceso de materiales para si-

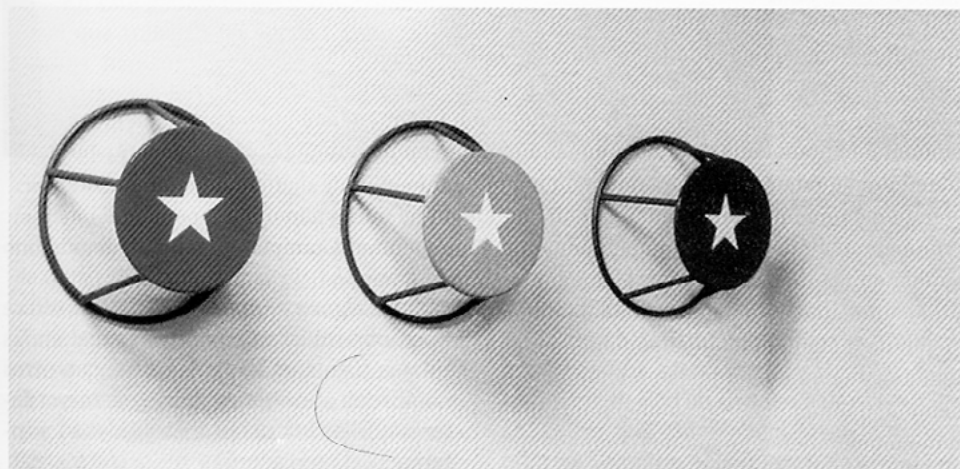
tuar en contenidos que puedan ser recibidos como marcos perceptivos. Más allá de una definición de multidisciplinariedad habría que hablar de rigor de la percepción y de rigor del proceso, preocupaciones que van siendo desde hace ya algunos años esenciales y centrales en el trabajo de numerosos artistas. Artistas a los que inevitablemente se define como indefinibles, porque faltan marcos teóricos capaces no sólo de explicar sino incluso de sencillamente dar cuenta correctamente de sus problemáticas.

Otro de los puntos de fricción y de coincidencia entre ambos artistas reside en el cuestionamiento problemático e irresuelto de la representación en relación a sus contenidos. Mientras Tete Álvarez subraya desde los recursos de la iluminación del teatro y del cine el vacío y la ausencia de contenidos propositivos, en la instalación *Amor vacui* en la que un proyector de 1.500 W ilumina una esquina vacía, Rafael Quintero "dibuja" con el taladro motivos ornamentales sobre superficies de madera pintadas en negro que esperan ser enmarcadas en molduras lacadas, objetualizando lo que de otro "modo pictórico" es inútil e innecesario representar. Es evidente que resulta inseparable la representación de la simulación, y ésta de la teatralización: todo eso es lo que se pone permanentemente en cuestión, pero aceptando la necesidad de una corriente de ironía que aligere cada uno de los retos. De nuevo otro punto en común, la ironía como una necesidad vital, más aún como una exigencia de un discurso enfrentado a las contradicciones, muy a menudo disparatadas de una realidad demasiado sangrienta e irresoluble como para ser tomada al pie de la letra.

Es preciso señalar que coincidiendo en el tiempo se presenta en el Palacio de la Merced de Córdoba una exposición que reúne las más recientes instalaciones videográ-



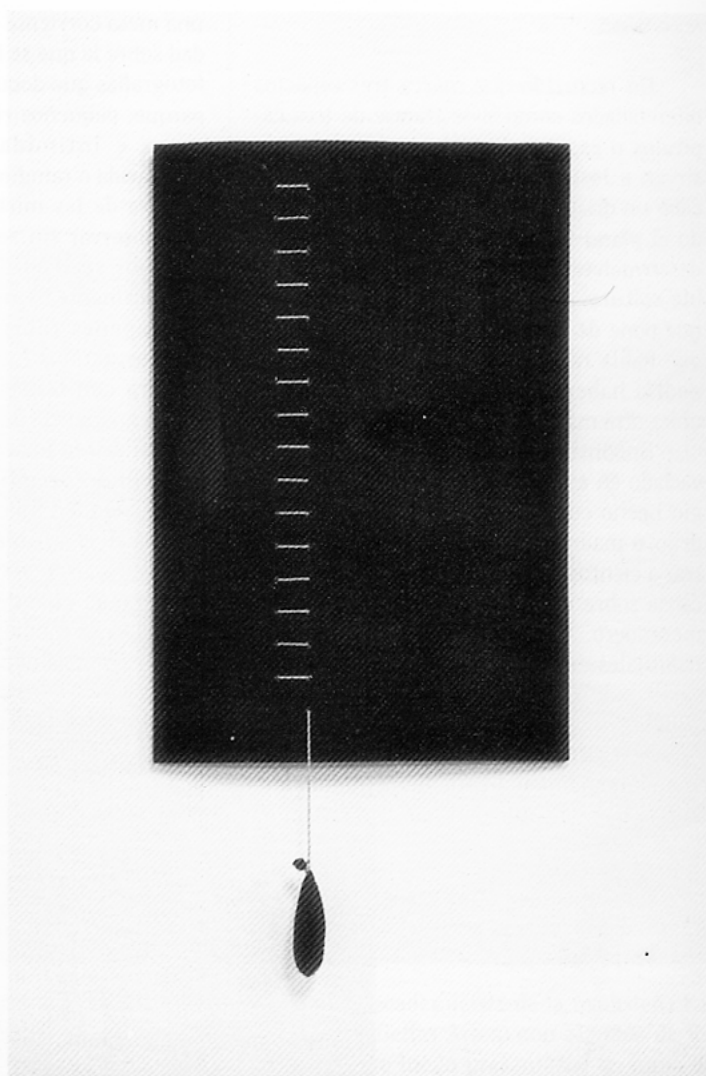
Rafael Quintero, "Punto de referencia", 1997.



Tete Álvarez, "¡Hale Hop!", 1997.



Tete Álvarez, "Sin título", instalación, 1997.



Rafael Quintero, "Punto de referencia", 1997.

ficas de Tete Álvarez. Entre estas instalaciones y las presentadas en Cruce con un carácter más objetual no se establecen contradicciones sino confluencias, y a veces algo más, eso que se puede definir como complementario o extensivo. Así, no se pueden obviar las conexiones entre *El espectáculo de*

be continuar y *¡Hale Hop!*, ambas abordando el mundo del circo, desde sus imágenes o desde sus objetos.

Esa dimensión objetual que parece insoslayable en muchos de los trabajos de Tete Álvarez, lo es también para Rafael Quintero. Justamente son los objetos y sus

cargas de significado lo que más acerca sus obras a una dimensión pictórica. Al retorcer y transgredir los lenguajes desde dentro, éstos acaban por cargarse de una tensión en la que un cierto sentido trágico se aplaca con ironía. □

Cruce (Madrid).